

Mundos anónimos

Autor: Benjamín Pinaya Gutiérrez (BPG)

Mediodía. Casi van dos semanas que no bebo, las piernas me tiemblan y el cuerpo me exige alcohol a gritos, vago por las calles los fines de semana sin un rumbo predestinado, sin una casa la cual me preste albergue, sin una familia que me preste compañía, vago entre las calles de la ciudad de La Paz, pues aquí he nacido, y pienso morir aquí, no habiendo algo que me lo impida.

El tañido de las campanas de la iglesia San Francisco parece el único vestigio de sonido reconocible a mis oídos, pues al igual que las palomas, yo trato de no moverme de allí de lunes a viernes, sin importar los obstáculos que se me puedan presentar.

Lustrabotas de profesión, tengo ya 16 años y espero con ansias tener 18, no por ser mayor de edad, pues todas esas experiencias se han abierto a mí mucho tiempo atrás; necesito esto pues así soy elegible para una de las vidas más reconfortantes que me ofrece la sociedad, a mis 18 años tengo la esperanza de entrar a prisión: comida, techo, tiempo libre, y todo esto gratis.

Soy propenso a cambiar de ideas, hace un tiempo, decidí ser Presidente de mi nación, a la que tanto quiero, bueno, muchos otros como yo decían lo mismo, que la esperanza no se pierde, ¡pobres cojudos!, se excitan con esa idea por las noches cuando el frío alcanza límites récord, acurrucados allí, inhalando clefa o tiner, gasolina si tenemos suerte, todos, bueno, yo me incluyo, pues aunque hay algunos que lograron salir de este infierno, que tienen familias y que van a colegios nocturnos, hay otros como yo que sólo nos quedamos allí, estancados, sin un futuro promisorio, ya que esta sociedad nos ha dado la espalda, no los culpo, pues también nosotros nos dimos la espalda a nosotros mismos.

Pero he logrado progresar, o así lo veo yo, puesto que antes robaba para costearme una vida nada digna, ahora trabajo, cualquier trabajo es digno me dijo mi madre que en paz descanse, creo que fue ella la razón por la que empecé a trabajar, pues sentía su mirada vigilante y sentía que me dolía el poto cada vez que robaba, como si ella misma me propiciara semejante golpiza.

Una vez pensé en estudiar, ir por las noches con el grupo de *wasquiris*, pues así los llamábamos, el negocio va bien, son buenos tiempos, nosotros nos hemos dado un aumento salarial propio, no necesitamos de regla o Constitución alguna, ahora cobramos 1 boliviano el trapazo y eso bastaba para darme algunos mimos que siempre he querido, pero la idea de estudiar se esfumó con el deceso de mi fiel compañero: "El Piñata", le decíamos así, pues era algo gordo y tuvo siempre ganas de celebrar su cumpleaños con nosotros, el problema era que ya no recordaba la fecha exacta, nos dejó una de esas noches de invierno, creo que tanta grasa no le bastó, murió en mis brazos haciéndome prometer que no sería de esos que estudia, pues los dos teníamos que ir al mismo sitio siempre, aun más allá de la muerte.

Cuchillos era el jefe, era como nuestro adalid, ya tenía 19 pero su rostro reflejaba los 25, nunca nos abandonó, aun cuando tuvo una oferta de formar parte de una banda de cogoteros, creo que fue lo más cercano a un hermano mayor que nosotros logramos tener; en las noches, él organizaba los cartones y periódicos donde nosotros fuésemos a dormir, bien pegados para combatir el frío, él impartía las órdenes y era el primero en comer a mediodía, creo que más que todo nosotros esperábamos a que diese la primera probada antes de empezar, por respeto a sus plegarias, pues él era cristiano y era el único que sabía rezar, y lo más importante, era el que distribuía los lugares donde nosotros trabajásemos, lo hacía de forma variada para que así todos pudiésemos ganar una cantidad similar, haciendo un sistema de rotación por días que resultó muy efectivo, pues nunca nadie paso hambre.

Eran mi familia, todos ellos, Cuchillos, Joselo, Bondadoso, Primeriza, Pitufó, etc., el Piñata era especial, él nos cuidaba desde el cielo, esa banda de desarrapados no habría podido salir adelante si no fuésemos todos como anclas los unos a los otros, hundiéndonos cada vez más, dentro de un abismo que parecía pronto tocar fondo, aunque el grupo pareciera tan unido, todas esas cosas cambiaban de la noche a la mañana, de repente.

Si he pasado dos semanas sobrio es gracias a ellos, pues aunque el alcohol nos calienta, muchos tuvimos padres alcohólicos que nos golpeaban como consecuencia de sus borracheras, una noche, en pleno llanto, decidimos no beber ni una sola gota desde ese momento, y sería bajo pena de expulsión el desacato, así quedó acordado.

Me consuela escribir, es un desahogo de este diario vivir, siento maravillas cuando escribo, que puedo volar o ser un gran explorador, aunque sólo quede en papel lo que escribo, no sé si he de ser un gran escritor algún día, eso se lo dejo al destino, por si no lo mencioné antes, mi nombre es Sebastián.

El Sebas ve fijamente al horizonte, la vida transcurre tranquilamente a sus alrededor, en medio de ese desastre algo refleja su mirada, esperanza.